

VIVIR EL AMOR EN EL MATRIMONIO Reflexiones a la luz de la encíclica “Deus caritas est”

Ramiro Pellitero*

Resumo

De certa forma, o Papa Bento XVI surpreendeu o mundo com sua Encíclica *Deus caritas est*. Ao apresentar o conteúdo fundamental da fé cristã sobre o amor e a realização dinâmica do amor, envolve o matrimônio. A relação entre o *éros* e o *ágape* faz uma estruturação diferenciada para o amor no matrimônio. O cristianismo não veio destruir o amor, mas elevá-lo e sobrenaturalizá-lo, na abertura para Deus e para os demais, o que ocorre de forma especial no matrimônio.

Palavras-chave: Encíclica *Deus caritas est*; amor matrimonial; amor sobrenaturalizado.

Abstract

In a certain manner, the Pope Benedict XVI astonished the world with his encyclical letter Deus caritas est. Presenting the fundamental content of the Christian faith about the love and the dynamic achievement of the love he involves the marriage. The relation between the éros and the ágape shows a difference for the love in the marriage. The christianity doesn't destroy the love, but elevates it to a supernatural level specially in the marriage.

Key words: *Encyclical letter Deus caritas est; love in marriage; éros and ágape.*

* Prof. Dr. de Teologia da Universidad de Navarra, Pamplona.

I VIVIR EL AMOR: EL PROPÓSITO DE LA ENCÍCLICA

Aristóteles había pensado a Dios como luz infinita y potencia primordial del universo. Dante vio en ella el rostro humano y el corazón humano de Dios en Jesucristo. Así lo decía Benedicto XVI al presentar su encíclica: “El *éros* de Dios no es sólo una fuerza cósmica primordial, es amor que ha creado al hombre y que se inclina ante él, como se inclinó el buen Samaritano ante el hombre herido, víctima de los ladrones, que yacía a la orilla de la carretera que descendía de Jerusalén a Jericó”¹. La fe cristiana transforma la mirada sobre el amor y la realización dinámica del amor.

En el matrimonio cristiano, comprendido y vivido desde la entrega de Cristo, el *éros* se transforma en *ágape*, en amor por el otro que ya no se busca a sí mismo sino que se convierte en disponibilidad a sacrificarse por el otro y en apertura al don de una nueva vida humana. Las dos partes de la encíclica, decía Benedicto XVI en su presentación, están íntimamente unidas. La primera parte trata del amor, y muestra que a la llamada del *éros* responde el *ágape*, situando el amor en el centro de la existencia cristiana como fruto de la fe. La segunda parte expone que el *ágape* no es sólo un amor individual sino también el centro de la vida y de la misión de la Iglesia. Esta misión consiste fundamentalmente en llevar a Cristo para aliviar las miserias del mundo y ofrecer la esperanza de una vida que ya no muere².

Se trata, por tanto, de poner el amor en el centro de la existencia personal, en el centro de la vida cristiana y de la Iglesia. El amor que es comunión entre las personas, y que se realiza respetando la diversidad de cada uno y afrontando y superando las dificultades, y por tanto sufriendo; lo cual ha de verse no sólo

¹ BENEDICTO XVI, *Presentación de la encíclica “Deus caritas est”*, 23/I/2006.

² *Ibid.*

como inevitable, sino como camino para que ese mismo amor vaya alcanzando una plenitud insospechada, a pesar de las dificultades, y quizá por ellas. El amor, que no es sólo una tarea humanitaria, como un *plus*; sino un elemento sustancial en la misión del cristiano y de la Iglesia, pues, como afirmó Juan Pablo II, sin amor, todo podría quedarse en palabras.

De un modo concentrado, el Papa expresa el propósito de la encíclica en estas palabras, situadas justo antes de la conclusión:

“Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta encíclica”. Ese “amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás”³.

En efecto, el amor es ante todo para vivirlo, para vivir de él y en él. Para dejarse conquistar por él y para conquistarlo día a día junto con los otros. Pero también es un gran tema para reflexionar y dialogar.

¿Cómo situar al amor humano entre hombre y mujer en la perspectiva del plan de Dios? Y más concretamente ¿Cómo situarse en cuanto esposos en esa perspectiva? Estas preguntas nos pueden servir de guía para releer la encíclica concretamente desde este punto de vista.

II EL AMOR EN EL MATRIMONIO

Veremos primero cómo entiende el cristianismo, según la encíclica, el *éros* en el matrimonio. En un segundo punto nos ocupamos de dos condiciones para que el *éros* se desarrolle en el horizonte cristiano: la apertura a Dios y a los demás. Por último propondremos algunas orientaciones conclusivas más concretas.

³ *Deus caritas est*, nn. 39 y 1. El amor es, ciertamente, un camino esencial para la misión de la Iglesia y de los cristianos. Vid. la publicación del Pontificio Instituto Juan Pablo II para estudios sobre el matrimonio y la familia, *La Via dell'Amore: riflessioni sull'enciclica 'Deus caritas est' di Benedetto XVI*, L. MELINA-C.A. ANDERSON (a cura di), Città del Vaticano 2006.

1 Tres “sorpresas”

Lo que constituye el núcleo del matrimonio es el amor entre los esposos manifestado en el consentimiento como signo e instrumento real de su entrega mutua. La encíclica recoge la crítica de que el cristianismo ha matado el *éros*, el amor, y la rebatete. En la argumentación, de fondo clásico en la teología católica pero con matices que pueden considerarse novedosos, quedan puestas de relieve lo que podemos llamar un poco pedagógicamente, “tres sorpresas”.

a) El “éros” puede ser modelo de todo amor

Una primera sorpresa consiste en que el texto toma al amor entre el hombre y la mujer como “arquetipo por excelencia”, como modelo y origen de todo amor⁴, aún reconociendo que no es el la única forma de amor. ¿En qué sentido se puede decir esto?

Los griegos llamaron *éros* al amor entre hombre y mujer. Lo describieron como un arrebató, una “locura divina”, que lleva a un “éxtasis” por encima de la razón. Otras formas de amor son el amor de amistad (*philia*) y el expresado por la forma verbal *agapáo*, que implica un afecto parecido a la amistad, un amor de preferencia que carece del ardor del *éros* y no exige correspondencia, sino que busca solamente el bien del otro: es el amor propio de los padres de familia, como el sol que irradia la luz y el calor, sin recibir nada a cambio; el amor de benevolencia o de pura generosidad. Este último sentido se refiere, pues, a la más alta y noble forma de amor, que puede dirigirse también y sobre todo a Dios. Según Platón y Aristóteles, el *ágape* (cuyo sustanti-

⁴ Cf. *Deus caritas est*, n. 2. No se dice con esto que el amor entre hombre y mujer sea el único modelo del amor.

vo es raro en el griego clásico) parece revestir un carácter sobrenatural, carismático, ligado a la fe religiosa. Es algo así como un don divino. Todo esto sólo acaba de aclararse con la Revelación cristiana, que al mismo tiempo distingue fuertemente entre *éros* y *ágape*⁵. La traducción latina de la Biblia (Vulgata) traduce el *ágape* como *dilectio*, amor de elección. Así la frase del Deuteronomio, citada por el Evangelio, “Amarás (*agapéseis*) al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y al prójimo como a ti mismo” viene a traducirse como “elegirás a Dios por encima de todo”. El sustantivo *ágape* usado en el Nuevo Testamento, se traduce en cambio como *charitas*, quizá para dejar claro que ahora el amor se entiende de una manera radicalmente nueva.

El Antiguo Testamento denuncia los excesos del *éros*, que en su ebriedad y falta de disciplina, no eleva al hombre sino que le hace caer, le degrada⁶. Esto viene a confirmar, como muestra la encíclica, lo que los griegos entrevieron sin terminar de armonizarlo: que a la estructura del *éros* pertenecen, por experiencia, dos elementos: (a) el pregustar de algún modo lo más alto, lo infinito lo eterno: (b) la necesidad de dominar el puro instinto mediante una purificación, maduración y renuncia⁷. Basta con recordar la historia de Tobías, y cómo se anteopone la oración a la unión de los recién casados.

⁵ Cf. *1 Co* 13, 1-2; 14, 1.

⁶ Cf. *Deus caritas est*, n. 4. El que quiere volar lanzándose sin más al vacío, acaba dándose de narices contra el suelo, como queda claro en el mito de Ícaro (cf. G. THIBON, *La crisis moderna del amor*, Barcelona 1976, pp. 60s).

⁷ Como la fidelidad que es una de sus propiedades, el amor que supera la prueba del tiempo tiene dos elementos: un *intercambio vivo* con aquel o aquello a lo que se es fiel y un *elemento espiritual* que es como el alma: no se trata de detener el cambio sino de impregnar de eternidad los cambios. En toda fidelidad verdadera existe una simbiosis constante entre el sentido de lo eterno y el del cambio. Sin el cambio que la vivifique, la fidelidad se seca como las orillas desoladas de los riachuelos muertos; sin la fidelidad que lo contiene e impulsa, el cambio degenera en vicio y amargura (G. THIBON, *La crisis...*, pp. 22 ss).

¿Por qué el *éros* se comporta de esa manera? La encíclica viene a responder: porque no es fácil armonizar el cuerpo y el espíritu: si se toma uno y se rechaza al otro, ambos pierden su dignidad y la persona queda también rebajada.

El indudable avance científico, tecnológico e informativo del mundo moderno no ha sabido ser asimilado y personalizado por el hombre. Esto se refleja en lo que Thibon llamó “mecanización del amor”. En ella se yuxtapone un ideal mental con el atractivo carnal, pero con demasiada frecuencia falta el “alma” de la sexualidad, por una parte, y el cuerpo del amor por otra. Pero el espíritu sin el cuerpo se convierte en un fantasma, y el cuerpo sin el espíritu, en un ídolo de carne, lo que suele llevar en la práctica a una “divinización del amor”, a una religión del falso amor⁸.

Muchas veces sucede que personas que habían atravesado juntos muchas tormentas, por una ligera brisa ven hundirse su barco, quizá porque su corazón buscaba correctamente lo infinito (el “para siempre” del amor), pero se equivocaba al tratar de que su compañero finito sustituya lo infinito. La cultura materialista en que nos movemos nos inclina a pretender que una función del cuerpo satisfaga las aspiraciones infinitas del alma. Sin Dios, lo infinito se busca en lo finito del compañero, lo cual es tanto como buscar todas las palabras de una novela maravillosa en su tapa, o apoyar un precioso capitel de amor sobre un frágil tallo⁹.

⁸ Cf. *Ibid.* pp. 56 ss. El autor muestra las consecuencias de esta idolatría o divinización del amor: la dislocación de sus propios elementos (entre amor y vida, entre la sexualidad y el hijo), la ruptura con la sociedad (desvinculación respecto de las instituciones, que, por otra parte, tampoco protegen al matrimonio y la familia), ruptura con Dios (lejos de santificarse, el amor se profana poniéndose en lugar de lo sagrado) y con el mundo (el exclusivismo del “amor libre” suele comenzar con el conformismo y terminar con la amargura). Todas esas fracturas se originan de un falso amor, donde propiamente no hay esa transfusión misteriosa que es la comunión, sino algo más parecido a un egoísmo a dos (cf. *Ibid.*, pp. 57-64).

⁹ R. M^a. CARLES, *El amor matrimonial*, en “La Razón”, 23.III.2006.

Todos recordamos que hablando de esta falta de armonía entre el cuerpo y el espíritu es donde la encíclica cuenta un “chiste filosófico”: el epicúreo materialista se encuentra con Descartes, que pone lo más importante del hombre en el espíritu, y le saluda: ¡Oh Alma! Y Descartes le contesta: Oh Carne!¹⁰. Lo importante, dice la encíclica, es que la persona ha de amar como lo que es, cuerpo y alma, y sólo en este contexto el *éros* puede madurar hasta su verdadera grandeza. A esta dificultad que podríamos llamar antropológica – la dificultad de armonizar cuerpo y espíritu – se añade otra dificultad – en la perspectiva que podríamos llamar “soteriológica” – en la que la encíclica no se detiene, pero que conviene recordar: la herencia del pecado original y de los pecados personales, que dificulta más aún esa armonía entre el cuerpo y el alma.

¿Cómo, se pregunta entonces el Papa, “vivir el amor” para que se realice plenamente su promesa humana y divina? El Antiguo Testamento responde que el *éros* debe abrirse al *ágape*, superando el egoísmo. Es decir que el amor más perfecto está en ocuparse del otro y preocuparse por el otro; no buscarse a sí mismo ni sumirse en la embriaguez de esa felicidad, sino desear el bien del amado, hasta el punto de estar dispuesto a la renuncia y al sacrificio de sí. Es así como el *éros* consigue el “extasis” prometido, en el sentido de salir del yo para entregarse al otro¹¹, como manera de encontrarse más auténticamente a uno mismo, porque en la comunión con el otro se alcanza algo verdaderamente *divino*. Jesús lo dice bien claro al hablar del grano de trigo, que sólo si muere da fruto abundante.

De esta manera se responde a nuestra primera “sorpresa” con algo que parece fundamental: lo que se presenta en la encí-

¹⁰ Cf. *Deus caritas est*, n. 5.

¹¹ Sobre la “entrega sincera de sí mismo” como principio edificador del matrimonio y la familia, ver JUAN PABLO II, Carta *Gratissimam sane* (a las familias), de 1994, n. 11.

clica – porque así lo hace la Biblia, como veremos en seguida – como modelo de todo amor no es el *éros* sin más, el amor entre el hombre y la mujer tal como se presenta a la experiencia humana, sino el *éros* que se esfuerza en convertirse en *ágape*¹². Esto, no importa repetirlo, exige ante todo el respeto por la persona y la diversidad entre varón y mujer. Con expresión de Jutta Burggraf, “la comunión goza de las diferencias”¹³.

b) En el cristianismo el “éros” se mantiene y se perfecciona

Una “segunda sorpresa” nos encontramos cuando la encíclica defiende que, contrariamente a lo que han dicho del cristianismo, éste no separa el *éros* del *ágape*. No dice: hay que acabar con el *éros* y quedarse con el *ágape*. Si así fuera, el amor humano se haría inhumano. Si el *éros* se perdiera en el *ágape*, o el *ágape* acabara con el *éros*, ¿qué sentido tendría esa vehemencia en la estructura del amor? La encíclica dice claramente que no se puede vivir solamente de dar, sino que también se necesita recibir; y esto se entiende mucho más y se realiza mucho mejor en el contexto cristiano, cuando Dios garantiza a aquél que ama al otro, al menos el don inagotable del mismo amor divino (n. 8).

Con otros términos, que el *éros* deba abrirse al *ágape*, no significa que el amor del *éros* desaparezca en el don del *ágape*, renunciando a recibir; sino que lo que recibe consistirá, cada vez más, en capacidad para dar. Esta capacidad viene en último término de Dios, y abre dinámicamente a una felicidad mucho más alta que la que se contiene en el mero recibir.

¹² Además “a la imagen de Dios monoteísta corresponde al matrimonio monógamo” (*Deus caritas est*, n. 11). Vid. sobre todo este tema BENEDICTO XVI, *Discurso al Instituto Pontificio Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia*, 11.V.2006.

¹³ J. BURGGRAF, *La comunión goza de las diferencias. Dimensión antropológica del misterio nupcial*, en “Scripta Theologica” 33 (2001) 231-242.

Para entender bien cómo el cristianismo asume, sin destruirlo, el *éros*, y lo perfecciona y eleva realmente al nivel divino, la encíclica muestra cómo la Biblia supone una novedad radical en dos puntos: la imagen de Dios y la imagen del hombre.

Al contrario que en el ambiente de los pueblos paganos, la Biblia sostiene que Dios es el creador de todas las cosas y que ama al hombre personalmente: al mismo tiempo con un amor apasionado y con un amor de predilección, de modo que su amor puede considerarse, en un sentido analógico, a la vez *éros* y *ágape*¹⁴.

El hablar del amor de Dios como *éros* (Dionisio Areopagita) puede resultar un cierto escándalo para la razón moderna. No es, sin embargo, una traición a la Revelación bíblica, sino todo lo contrario. Los profetas mismos (sobre todo Oseas y Ezequiel) explican el amor de Dios por el Pueblo elegido con la metáfora del noviazgo y del matrimonio. Sin perder la pasión de un verdadero amor, el amor de Dios es a la vez *ágape*, porque se da gratuitamente y porque es capaz de perdonar¹⁵.

En cuanto a la imagen del hombre que se muestra en la Biblia, resulta que sólo en la comunión con el otro sexo, es decir, el ser humano en su conjunto, puede considerarse completa¹⁶.

¹⁴ Cf. *Deus caritas est*, n. 9

¹⁵ Cf. *Ibid.*, n. 10.

¹⁶ Cf. *Gen.* 2, 24. Vid. sobre el tema la aportación fundamental de JUAN PABLO II en su "teología del cuerpo" (*Varón y mujer. Teología del cuerpo*, 3. ed. Madrid 1996 y *La redención del corazón*, 2. ed. Madrid 1996); IDEM, *Mulieris Dignitatem* (1988); COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Comunión y servicio. La persona humana, creada a imagen de Dios* (23.VII.2004); E. KACZYNSKI, *El matrimonio y la familia: comunión de personas*, en "Divinitas" 26 (1982) 317-331; A. SCOLA, *Identidad y diferencia. La relación hombre-mujer*, Madrid 1989; C. CAFARRA, *Ética general de la sexualidad*, Barcelona 1995; J. BURGGRAF, *La comunión goza de las diferencias. Dimensión antropológica del misterio nupcial*, 2001, texto ya citado. En el contexto de la misión, vid. R. PELLITERO, *La atención a la per-*

Por eso el *éros* está “como enraizado en su naturaleza”. Por eso también el matrimonio como amor exclusivo y definitivo es un icono de la relación de Dios con su pueblo, y viceversa, el modo de amar de Dios se convierte en un ejemplo del amor humano¹⁷. Y así llegamos al tercer paso argumentativo que da la encíclica.

c) En el cristianismo, el amor humano se convierte en icono del amor de Dios por la humanidad

Esto queda mucho más claro todavía cuando los Evangelios presentan a Jesús como esposo de la humanidad¹⁸. Jesús santifica con su presencia el matrimonio en Caná y hace allí su primer milagro¹⁹. Compara el Reino como el banquete nupcial del hijo del rey²⁰ y habla del encuentro de las almas con su esposo²¹. En la interpretación de Pablo, Cristo se entrega hasta la muerte por su esposa, que es la Iglesia²². Y el Apocalipsis se cierra llamando al esposo para completar las bodas entre Dios y los hombres, tal como comenzaron a revelarse en la primera página del Génesis, a través de la unión entre varón y mujer²³

sona en la misión de la Iglesia, “Teocomunicação” (Brasil) 35 (2005) 809-838.

¹⁷ Cf. *Deus caritas est*, n. 11.

¹⁸ Cf. *Mt* 9, 15 (paralel: *Mc* 2, 20; *Lc* 5, 34s) y 25, 1ss; *Jn* 3, 29.

¹⁹ *Jn*, 2.

²⁰ Cf. *Mt* 22, 2ss. El cristiano por el bautismo es hecho partícipe de la filiación divina. La imagen de la Iglesia como esposa debe entenderse en complementariedad con el resto de las imágenes eclesiológicas. Esto sucede sobre todo respecto a la imagen del “Cuerpo de Cristo”, y también respecto a la imagen de “Pueblo de Dios” (Padre) y “Templo del Espíritu Santo”; estas tres imágenes expresan las relaciones de los cristianos, *in Ecclesia*, con las Personas de la Trinidad.

²¹ Cf. *Mt* 25, 1ss.

²² Ver sobre todo, *Ef* 5, 21 ss. El ministerio apostólico consiste en presentar a Cristo como esposo: *2 Co*, 11, 2.

²³ Cf. *Ap.* 22, 17-20 (cf. 19, 7-9); cf. *Gen* 1, 27 y de nuevo 2, 24.

Así se explican nuestras “segunda y tercera sorpresas”, que profundizan en el porqué de la primera: en el cristianismo el *éros* no sólo *no* se suprime, sino que se eleva y perfecciona, hasta el punto de que remite al amor de Dios por la humanidad, realizado plenamente en el amor de Jesucristo por la Iglesia. Y con ello hemos llegado al culmen de nuestra exposición.

La enseñanza que surge del grano de trigo que muere, para hacerse fecundo, es avalada por Cristo con el sacrificio de su vida entera. De esta manera explica el cristianismo la esencia del amor, como sentido último de la existencia humana²⁴. Así se entiende que Josemaría Escrivá dijera: para los esposos cristianos, el lecho matrimonial es como un altar²⁵.

En efecto, esta es la tesis central que puede desprenderse de una lectura de la encíclica desde el punto de vista del matrimonio: *el amor de los esposos está llamado a convertirse en el corazón del culto que la entrega mutua de sus vidas ofrece, para gloria de Dios y la felicidad de todas las personas que les rodean.*

²⁴ Cf. *Deus caritas est*, 6 y 13.

²⁵ Decía en su catequesis a los esposos: “Que consideréis una cosa muy elemental para un cristiano: en todos los sacramentos, el ministro es el Sacerdote; pero ahí, no. Ahí, el ministro sois vosotros. En otros sacramentos, la materia es el pan, es el vino, es el agua... Aquí son vuestros cuerpos. Recordad lo que decía esta mañana con palabras de San Pablo: *no os pertenecéis*; yo veo el lecho matrimonial como un altar: está allí la materia del sacramento» (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, en “Nuestro tiempo”, Pamplona, dic. 1967, p. 720). Josemaría contribuyó en primera línea a que el matrimonio sea considerado como una auténtica vocación. Vid. una síntesis de sus enseñanzas en la homilía *El matrimonio, vocación cristiana* (texto de 1970), en *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973, nn. 22-80. En la renovación de la espiritualidad matrimonial han jugado un importante papel los *Equipos de Nuestra Señora*: vid. H. CAFE-FAREL, *Un renouveau du mariage pour renouveau de l'Église*, en “l'Anneau d'Or” 105-106 (1962) 178-190; IDEM, *Propos sur l'amour et la grâce*, Paris 1961.

Esto es, sencillamente, consecuencia de la doctrina y la realidad cristiana del matrimonio. En el sacramento del matrimonio el amor humano entre hombre y mujer, se convierte en signo eficaz (sacramento) de la alianza de Cristo y de la Iglesia²⁶. Gracias a la acción del Espíritu Santo, el sacramento capacita a los esposos no sólo para “mirar juntos a Dios” en unión con la Iglesia, sino para participar en el amor mismo de Cristo, que es el “alma” del culto cristiano. Así el amor de los esposos se sitúa no *al lado de* su fe o de su vida espiritual, sino en el mismo núcleo de ella, de su vocación y misión²⁷.

Hay que tener en cuenta, subraya la encíclica, que la unión del cristiano con Cristo se nos da sobre todo en la Eucaristía²⁸ y tiene también esencialmente un carácter social.

²⁶ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1601 ss, especialmente n. 1617. Vid. *Compendio*, n. 341. Sobre el amor matrimonial en la perspectiva de la Alianza, vid. S. CIPRIANI, *Matrimonio*, en P. ROSSANO, G. RAVASI Y A. GIRLANDA (dir.), *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica*, 2. ed. Madrid 1990, pp. 1157-1170. Vid. también *Masculinidad y feminidad en el mundo de la Biblia*, J.M. CASCIARO (dir.), Pamplona 1989, y G. ARANDA PÉREZ, *Varón y mujer. La respuesta de la Biblia*, Madrid 1991. Para una buena visión teológica y pastoral de conjunto, A. SARMIENTO, *El matrimonio cristiano*, 2. ed. Pamplona 2001; vid. una síntesis de las cuestiones que afectan al amor matrimonial, por el mismo autor: *El secreto del amor en el matrimonio*, Madrid 2003. Una excelente presentación divulgativa es la de A. LÉONARD, *La moral sexual explicada a los jóvenes*, Madrid 1994.

²⁷ En el “gran sacramento” de Cristo y de la Iglesia los esposos descubren el espacio y la concreción de su vocación a la santidad y al apostolado [cfr. Exhort. Ap. *Familiaris consortio* (1981) n. 19]. “Al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del espíritu de Cristo, que satura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación, y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios” (Const. Pastoral *Gaudium et spes*, 48).

²⁸ De ahí el importante lugar del sacramento de la Penitencia en la santificación de los esposos cristianos, para garantizar, en lo pequeño y en lo grande, las obras que corresponden a la alianza y la comunión matrimonial; porque sólo el perdón sacramental garantiza el perdón mutuo y la verdadera reconciliación entre ellos.

En la Eucaristía, “la imagen de las nupcias entre Dios e Israel se hace realidad de un modo antes inconcebible: lo que antes era estar frente a Dios, se transforma ahora en unión por la participación en la entrega de Jesús, en su cuerpo y su sangre”²⁹.

La “mística” del Sacramento de la Eucaristía, observa Benedicto XVI, lleva mucho más alto que cualquier otra elevación mística podría alcanzar. Tiene además un esencial carácter social, porque si la Iglesia hace la Eucaristía, la Eucaristía hace la Iglesia: “No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán”³⁰.

Se entiende, concluye el Papa, que *ágape* sea en el Nuevo Testamento un nombre de la Eucaristía, donde los cristianos nos unimos a Cristo y Él se entrega siempre renovadamente por su Iglesia. De esta forma se funda definitivamente el estatuto del amor en el cristianismo.

Vale la pena detenerse aquí, haciendo un paréntesis, para recordar que una característica de la eclesiología del que fue Cardenal Josef Ratzinger es la relación entre la Eucaristía y la Iglesia³¹. En la toma de posesión de su cátedra como Obispo de Roma, mostraba Benedicto XVI su visión de la relación entre la Iglesia, la Eucaristía y *el amor*:

“Para la Iglesia antigua, la palabra amor, *ágape*, aludía al misterio de la Eucaristía. En este misterio, el amor de Cristo se

²⁹ *Deus caritas est*, n. 13. Es lógico que el ritual para la celebración del matrimonio después del Concilio Vaticano II (1ª ed. 1969, 2. ed. 1991), inserte esta celebración de preferencia dentro de la Misa. Vid. A.M. TRIACCA, *La “celebrazione” del matrimonio: aspetti teologici-liturgici. Contributo alla spiritualità sacramentaria e alla pastorale liturgica*, en A.M. TRIACCA-G. PIANAZZI (a cura di), *Realtà e valori del sacramento del matrimonio*, Roma 1976, 111-147.

³⁰ *Deus caritas est*, n. 14.

³¹ En el pontificado de Juan Pablo II, vid. especialmente la Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (2003).

hace siempre tangible en medio de nosotros. Aquí, él se entrega siempre de nuevo. Aquí, se hace traspasar el corazón siempre de nuevo; aquí, mantiene su promesa, la promesa según la cual, desde la cruz, atraería a todos a sí. En la Eucaristía, nosotros aprendemos el amor de Cristo. Ha sido gracias a este centro y corazón, gracias a la Eucaristía, como los santos han vivido, llevando de modos y formas siempre nuevos el amor de Dios al mundo. Gracias a la Eucaristía, la Iglesia renace siempre de nuevo. La Iglesia es la red – la comunidad eucarística – en la que todos nosotros, al recibir al mismo Señor, nos transformamos en un solo cuerpo y abrazamos a todo el mundo. En definitiva, presidir en la doctrina y presidir en el amor deben ser una sola cosa: toda la doctrina de la Iglesia, en resumidas cuentas, conduce al amor. Y la Eucaristía, como amor presente de Jesucristo, es el criterio de toda doctrina. Del amor dependen toda la Ley y los Profetas, dice el Señor³². El amor es la Ley en su plenitud, escribió san Pablo a los Romanos³³.

Según la “*Deus caritas est*”, la Eucaristía es el centro de la vida cristiana donde se enraíza y perfecciona todo amor, también el amor humano. En la visión cristiana, el amor nupcial, y desde luego el amor conyugal³⁴, es a la vez *éros* y *ágape*. Mirando la entrega de Cristo por la Iglesia y sus consecuencias, se aprende que tanto en la vida cristiana como en la misión de la Iglesia son inseparables sus tres elementos: fe, culto (celebración

³² Cf. *Mt* 22, 40.

³³ BENEDICTO XVI, *En San Juan de Latrán*, 7.V.2005. La última frase remite a *Rm* 31, 10.

³⁴ Amor nupcial en potencia, o amor esponsal, es también el amor de los novios. Puesto que *no son cónyuges*, a ese amor le faltan, lógicamente, los elementos propios de los actos propiamente conyugales. Amor nupcial, en el sentido figurativo de la Biblia y de los místicos, es no sólo el amor entre Cristo y la Iglesia, sino también el amor entre el alma (“la esposa”) y Dios; la perspectiva nupcial o esponsal de la vida cristiana no se restringe, pues, a la condición de las vírgenes consagradas en la Iglesia.

de los sacramentos), amor o caridad (servicio a los demás). También sucede esto en el amor matrimonial.

Con otras palabras, si el amor “vale más que todos los sacrificios y holocaustos”³⁵, es porque en unión con Cristo (sobre todo en la Eucaristía) se convierte en verdadero culto a Dios y se traduce en servicio a la humanidad. Este es el auténtico “éxtasis divino” del amor. El amor es capaz de crear el cielo en la tierra, si en torno a la Eucaristía los cristianos somos capaces de recrear de nuevo la comunión con Dios y entre las personas: “A Dios le conocemos en el acto de partir el pan, y unos a otros nos conocemos en el acto de partir el pan, y ya nunca más estamos solos³⁶”, escribió una campeona de la paz y de los derechos humanos (Dorothy Day). Para vivir un amor así es necesario que los esposos se abran a Dios y a los demás.

2 Apertura a Dios y a los demás

De todo lo anterior se deduce que estamos autorizados para seguir adelante con la lectura de la encíclica pensando sobre todo en el amor humano y podemos aplicar primero a ese amor, lo que dice el documento cuando se ocupa de la interconexión entre el amor a Dios y el amor al prójimo, y lo que dice del amor como elemento esencial en la misión de la Iglesia.

El verdadero “éxtasis” del amor consiste en salir de sí mismo para encontrarse con el otro, y en esa comunión, abrirse a Dios y a los demás.

³⁵ Cf. Mc 12, 33.

³⁶ Cf. D. DAY, *La larga soledad: autobiografía*, Santander 2000; las palabras citadas son del epílogo.

a) Necesidad de la unión con Dios para vivir el amor en el matrimonio

“Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo [ante todo, podría decirse, en ese “más próximo” que es el propio cónyuge] solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo ‘piadoso’ y cumplir con mis ‘deberes religiosos’, se marchita también la relación con Dios”. Y añade: “Será únicamente una relación ‘correcta’ pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo [a la esposa, al esposo], para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo [primero a la esposa o al esposo, luego a los hijos y padres, etc.], abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama”³⁷.

Amor a Dios y amor a la esposa o al esposo con inseparables. “Ambos [el amor a Dios y a “ese prójimo”] viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. (...) El amor crece a través del amor. El amor es ‘divino’ [recuérdese aquí el “éxtasis” del *éros*] porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un ‘Nosotros’, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa”³⁸.

b) El amor matrimonial, la familia y la atención a los más necesitados

La encíclica señala que el amor es, sobre todo, don propio del Espíritu Santo. Él es el protagonista inmediato del amor: la potencia interior que armoniza el corazón de cada uno de los

³⁷ *Deus caritas est*, n. 18.

³⁸ *Ibid.*

creyentes con el corazón de Cristo, y les mueve a amar como Él los ha amado. Y resulta que el mismo Espíritu es la fuerza que transforma el corazón de la Iglesia, para que dé testimonio del amor en el mundo, en la medida en que busca el bien integral del ser humano. “Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano”³⁹. En el amor se enraíza y se traduce, por tanto, todo lo que hacemos los cristianos.

Por eso también, lo que surge del matrimonio cristiano – que se constituye de una vez por todas cuando por su entrega mutua los contrayentes se convierten en cónyuges –, es obra del amor y manifestación del amor. El amor mismo de los esposos, que un día se prometieron ante Dios, es, por la acción del Espíritu Santo y la colaboración de los esposos, la fuente continua, el motor y la belleza de su tarea en el mundo⁴⁰. No es, desde luego, el trabajo lo decisivo para sacar adelante la familia. Tampoco la atención a los hijos es “lo primero”⁴¹. Es *vivir el amor* entre ellos, los esposos, lo fundamental, que luego les llevará a entregarse ante todo en la familia⁴², por la educación cristiana de sus hijos, aunque se hayan independizado del hogar.

Al mismo tiempo todo lo que es fruto del amor alimenta al amor. Un amor grande que se va realizando – sobre el fundamento del matrimonio ya consuetudinario – cuanto más unidos están los cónyuges en todos los ámbitos de la vida: vinculados a los

³⁹ *Ibid.*, n. 19.

⁴⁰ Acerca de la capacidad radicalmente personalizadora del amor, cf. J. PIERRE, *El amor*, Madrid 1972.

⁴¹ No se pueden separar el amor o el bien de los esposos, por una parte, y la transmisión de la vida con la procreación y la atención a los hijos, por otra (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1660, 2363; *Compendio*, 338).

⁴² La familia es *Iglesia doméstica* donde se ejercita de manera privilegiada el *sacerdocio bautismal* de todos sus miembros, además de escuela de vida cristiana y del más rico humanismo (cf. Conc. VATICANO II, const. dogm. *Lumen gentium*, 11; Exhort. Ap. *Familiaris consortio*, 21).

mismos hijos, al mismo ideal, al mismo grupo social. Amar no es tanto mirarse uno a otro sino juntos en la misma dirección (Saint Éxupéry). No es tanto contemplarse y saborearse el uno al otro, como entregarse ambos a las mismas realidades que comprenden y rebasan los límites egoístas del yo, mediante el esfuerzo y el sacrificio, hasta el heroísmo: el grano de trigo del amor mutuo muere hundiéndose sus raíces en la tierra al mismo tiempo que eleva su tallo hacia el cielo (Thibon).

De ese amor son modelos incomparables María y José de Nazareth. Ella recibió una misión divina y dijo “hágase”. Él no dijo nada, pero hizo todo lo que pudo para ayudar en su misión a quien había prometido su amor, y así se convirtió en coordinador de los planes salvíficos de Dios en las circunstancias más ordinarias y a la vez más extraordinarias de la historia de los hombres⁴³. De su amor mutuo surgió el fruto más esperado por los siglos: Dios en la tierra.

III ALGUNAS ORIENTACIONES CONCLUSIVAS

1. El matrimonio es una vocación, una de las grandes determinaciones de la vocación cristiana⁴⁴. Vivir el amor en el matrimonio exige autoeducarse para el amor, con el fin de que no discorra por una línea de mínimos, ni intente a toda costa la ausencia de conflictos. Los esposos deben preguntarse cómo se quieren, conscientes el marido y mujer de su diversidad; en qué se demuestra su cariño, con qué detalles. Si procuran mantener joven y vivo el amor, o piden ayuda para recuperar el terreno perdido. Si se tienen presentes durante el día uno al otro, con palabras y hechos de cariño. Si se van conociendo, primero uno mismo por amor al otro, y luego al otro, aunque hayan pasado

⁴³ Cf. JUAN PABLO II, Carta *Redemptoris custos* (1989).

⁴⁴ Cf. P. RODRÍGUEZ, *Vocación, trabajo, contemplación*, 2. ed. Pamplona, 1987, pp. 42-56, 95-104, 77-90.

muchos años juntos, pues cada persona es siempre un misterio muy profundo. Si se sirven de hecho entre ellos y a los hijos. Si hay ilusión (en el sentido castellano de la palabra) y metas en ese cariño.

Los esposos han de ser capaces de perdonarse mutuamente, sabiendo que cada uno necesita más amor del que “merece”, y que con la ayuda de la fe, pueden convertir su casa en un hogar al que se puede volver⁴⁵. Precisamente porque el otro cónyuge no es Dios (todos somos limitados), ambos tienen la necesidad de abrirse a una realidad mayor que no disminuye para nada su amor, sino que lo agiganta y lo eleva continuamente. Son como montañeros bien unidos entre sí por una cuerda fuerte que, a su vez, está amarrada en un cimiento firme⁴⁶.

La correspondencia a esa vocación al amor les llevará a las cumbres del amor⁴⁷, si procuran ser coherentes en su fe, cui-

⁴⁵ Cf. R. ALVIRA, *El lugar al que se vuelve. Reflexiones sobre la familia*, Pamplona 1998.

⁴⁶ J. BURGGRAF, *La comunión goza de las diferencias...*, texto citado, pp. 7s.

⁴⁷ “Sólo entre los que comprenden y valoran en toda su profundidad cuanto acabamos de considerar acerca del amor humano [como camino vocacional], puede surgir esa otra comprensión inefable de la que hablará Jesús (cf. Mt 19, 11), que es un puro don de Dios y que impulsa a entregar el cuerpo y el alma al Señor, a ofrecerle el corazón indiviso, sin la mediación del amor terreno” (SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, Homilía *Amar al mundo apasionadamente*, de 1967, en IDEM, *Conversaciones*, Madrid 1968, p. 180). La entrega a Dios en el celibato o la virginidad es también una manifestación de ese misterio nupcial del amor. Este carisma del celibato o de la virginidad no es exclusivo de la vida consagrada o de los ministros sagrados, sino que también lo viven muchos fieles laicos o “cristianos corrientes”. Se trata de una vocación particularmente excelsa, por dirigirse directa e inmediatamente al amor de Dios; sin que esto disminuya la necesidad de colaborar, varones y mujeres, al servicio a la humanidad. Por lo que respecta al celibato sacerdotal, vid. las colaboraciones reunidas en *El celibato sacerdotal: espiritualidad, disciplina y formación de las vocaciones al sacerdocio*, J.L. LORDA (ed.), Pamplona 2006, y la bibliografía que juntamente con M.A. Monge hemos elaborado (pp. 217-222).

dando su vida espiritual y su formación continua; a la apertura hacia otros matrimonios y familias para llevarles la alegría de vivir como cristianos; a vivir, ante todo de puertas adentro, con un “estilo cristiano” en el lenguaje y el vestido, en el uso del dinero y de los bienes materiales, en el tiempo de ocio y en los proyectos de vacaciones.

Hoy además necesitarán luchar contra la dinámica disgregadora del trabajo (la profesión no puede ponerse por encima del amor a la esposa o al esposo; el trabajo es un medio, la familia es un fin). En esto resulta útil poner medios concretos y puntos firmes: horario de llegada a casa, tiempo de dedicación a los hijos, dejar las preocupaciones profesionales aparte del hogar.

2. Toda vocación lleva consigo una misión. La misión de cada matrimonio está vinculada normalmente a la familia⁴⁸, y la calidad de la vida de *esa* familia depende de la calidad de *ese* amor matrimonial, a lo largo de los años.

La primera misión es poner el amor en el mundo y para ello *querer tener hijos*, los que Dios envíe, y educarlos como personas y como cristianos. Pues bien, el amor es el mejor educador, capaz de aunar el cariño y la fortaleza. El de los padres se traduce tantas veces en sacrificio y generosidad para dar a los hijos una buena educación (“la mejor inversión”), y en el testimonio de las virtudes humanas: cariño, confianza y alegría. Es bueno que los hijos vean cómo sus padres se esfuerzan por conocer la fe, dedican tiempo a la oración, celebran con autenticidad los sacramentos, sirven de hecho a los demás. Así crecerán sin voluntarismos (carentes de argumentos) ni negativismos (por incapacidad de mostrar el bien donde se encuentra), y sabrán educar a sus propios hijos sin naturalismos (“allá tú...”) ni dirigismos (“porque yo lo digo”).

El amor lleva a los esposos, por tanto, en su misión dentro del hogar, a interesarse no por trastos innecesarios o lecturas

⁴⁸ Cf. J.R. FLECHA, *La familia lugar de evangelización*, Madrid 1983.

insustanciales, sino por ideales nobles, de modo que sus hijos se aficionen por las manifestaciones humanas del espíritu. Podrán evitar entonces que se conviertan en lo que Thibon llama “hombres-veleta”, hechos de un metal enmohecido siempre idéntico a sí mismo pero que gira al capricho de los vientos, y que suelen coincidir con los “hombres-fósiles”, que no se renuevan por su fuerza interior, porque carecen de raíces, sino sólo por gustos o circunstancias exteriores que los agitan. El espíritu es al mismo tiempo fuerza y renovación, sentido de lo eterno y del cambio, doble sentido que sólo puede encontrarse en Aquél que es eterno y ha creado todo lo que cambia⁴⁹.

El amor llevará a los esposos al diálogo con los hijos sobre lo que se dice en televisión, lo que ven en internet o los contenidos de los videojuegos. A hacerles valorar la colaboración con los demás miembros de la familia en tareas adecuadas a cada uno. Al trabajo bien hecho (para poner un granito de arena en la construcción de un mundo más justo), al servicio del bien común en la vida pública y política, con sentido positivo. Es lógico que los padres consideren como un don la eventual vocación de sus hijos a una vida dedicada totalmente a Dios. Por consiguiente enseñarán a sus hijos a rezar por los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, y les ayudarán a responder con generosidad, si reciben esa llamada⁵⁰. Les harán apreciar la colaboración en tareas

⁴⁹ G. THIBON, *La crisis...*, p. 41.

⁵⁰ “Un último mensaje que quisiera dejaros atañe al cuidado de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada: todos sabemos cuánta necesidad tiene la Iglesia de estas vocaciones. Para que nazcan o lleguen a madurar, para que las personas llamadas se mantengan siempre dignas de su vocación, es decisiva ante todo la oración, que nunca debe faltar en cada familia y comunidad cristiana. Pero también es fundamental el testimonio de vida de los sacerdotes, de los religiosos y las religiosas, la alegría que manifiestan por haber sido llamados por el Señor. Asimismo, es esencial el ejemplo que los hijos reciben dentro de su familia, y la convicción de las familias mismas de que, también para ellas, la vocación de sus hijos es un gran don del Señor” (BENEDICTO XVI, *Discurso a la asamblea eclesial de la diócesis de Roma*, 6.VI.2005).

eclesiales (la colaboración con la parroquia y otras instituciones de la Iglesia, el apoyo a la vida sacerdotal y religiosa, etc.). Y siempre, con atención hacia aquellos que más puedan necesitarles (“obras de misericordia”): el cuidado de los enfermos y a los ancianos, la limosna a los pobres, la acogida a los forasteros, la preocupación por los más débiles, etc. Todo ello, como manifestación de un corazón lleno con el amor de Dios. En el fondo, como decía Teresa de Calcuta, la mayor ignorancia y la mayor miseria es no saber amar, dar y recibir amor.

Dicho brevemente, el amor matrimonial debería llevar a una siembra de amor sobre todo en los hijos, educándoles como ciudadanos y buenos cristianos que apoyan su vida sobre los cimientos de la confianza en Dios Padre, la amistad con Jesús, la luz y la fortaleza del Espíritu, la ternura de María.

Concluyendo, el amor de los esposos está llamado a abrirse a Dios y a los demás. En esta medida puede ser un “modelo” de todo amor, al irse convirtiendo en un reflejo del amor divino. Por eso en el cristianismo el amor de los esposos lleva a rezar y adorar, alcanza la categoría de un verdadero culto a Dios. A condición, claro está, de no “encerrarse” en el otro, sino a abrirse ante todo a Dios, y en segundo lugar a todas las personas y al mundo, según el orden de la caridad: primero, la familia, y luego especialmente los más necesitados. De esta manera los esposos pueden contribuir, desde su mismo amor, a la transformación de las culturas en la línea de una “civilización del amor”⁵¹.

⁵¹ PABLO VI, *En la clausura del Año Santo*, 25.XII.1975. La expresión fue empleada en muchos escritos de JUAN PABLO II, y desarrollada especialmente en la *Gratissimam sane (Carta a las familias*, de 1994), donde aparece 40 veces. Ahí se afirma: “La familia es el centro y el corazón de la civilización del amor” (n. 13). La conclusión del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, publicado en 2005 por el Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, lleva por título: “Hacia una civilización del amor” (nn. 575-583).